

DE LA VISIÓN RETÓRICA A LA VISIÓN CRÍTICA. LA PLAZA MAYOR EN LAS CRONICAS VIRREINALES¹

ANTONIO RUBIAL GARCÍA. Escritor y reconocido académico, especialista en la historia y la cultura novohispana. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Sevilla y en Historia de México por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde es profesor de tiempo completo. Es investigador del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III. Autor de innumerables artículos y libros.

Zuazo: Estamos ya en la plaza, examina bien si has visto otra que le iguale en grandeza y majestad. Alfaro: Ciertamente que no recuerdo ninguna, ni creo que en ambos mundo pueda encontrarse igual.

Francisco Cervantes de Salazar, Tres Diálogos latinos

Esta plaza, cuando estaba el mercado, era muy fea y de vista muy desagradable. Encima de los techados de tejamanil había pedazos de petate, sombreros y zapatos viejos y otros harapos que echaban sobre ellos.

Francisco Sedano, Noticias de la ciudad de México

Hernán Cortés, después de subir las empinadas escaleras del Templo Mayor, contempló desde lo alto la plaza central de la majestuosa México Tenochtitlan. Bernal Díaz, que también estaba ahí, dice que la vista era soberbia y resalta el orden del mercado y lo hermoso de los adoratorios; señala también que soldados que conocían Constantinopla y Roma “dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente no la habían visto”.² Minutos después Cortés, horrorizado ante el espectáculo del dios Huitzilopochtli embadurnado con la sangre de los sacrificios, mandó derribarlo y echarlo por las escaleras abajo,

¹ Este artículo apareció originalmente como parte del libro *Plazas mayores de México. Arte y Luz*, coordinación Alejandro de Antuñano, México, Bancomer, Clio, Espejo de Obsidiana, 2002, pp. 249-275. Considero necesaria esta reimpresión digital pues, por un lado, el artículo tuvo una difusión muy limitada, y por el otro, para hacer público que la editorial Espejo de Obsidiana no cumplió con los términos acordados en el contrato sobre el pago de los derechos de autor por su publicación.

² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, Instituto Fernando González de Oviedo 1982, p. 192.

ordenó limpiar las “capillas” donde estaba y puso en ellas una imagen de la Virgen.³ El hecho era muy representativo de la tónica que tendría el nuevo orden que traían los invasores: la religión antigua, considerada como demoníaca, sería destruida y, junto con ella, sus espacios y objetos sagrados.

Después de la violenta conquista de la ciudad, y sobre los templos y palacios semidestruidos, comenzó la reconstrucción del nuevo centro político. El espacio sagrado indígena fue cubriéndose poco a poco mientras que la plaza mayor de la ciudad española se armaba en la explanada que se extendía entre los antiguos palacios de los reyes mexica. Desde entonces esta plaza se volvió un centro, el cuadrángulo al que llegaban las principales calles y calzadas de la urbe y el paradigma sobre el que se construyeron las otras ciudades del país. Ella fue, desde ese momento, escenario privilegiado del acontecer de la ciudad, así como el objeto de variadas descripciones a lo largo de los siglos virreinales. El presente ensayo quiere mostrar ambos aspectos de ese interesante proceso histórico que dejó sus marcas en la plaza, tanto en su espacio físico como en las descripciones de los hechos que en él acontecieron.

LOS OJOS DEL HUMANISMO

El primer cronista que nos dejó una impresión vívida de la plaza mayor de la capital fue Francisco Cervantes de Salazar, un peninsular toledano que llegó a México a mediados del siglo XVI. Hijo ilustre de la universidad de la capital, en la que obtuvo varios títulos y donde fungió como catedrático de Artes, este sacerdote escribió en latín, para el uso de sus alumnos, tres brillantes *Diálogos* donde se describe la ciudad de México a partir de los comentarios de cinco personajes que pasean por sus calles. A través de una mirada, escrutadora y sagaz, se nos muestra la inquietud del hombre renacentista que quiere dejar constancia de lo que ven sus ojos, pero siempre dentro de un marco teñido de un cierto utopismo.

En su descripción de la plaza mayor Cervantes tiene en cuenta, además de los edificios que la enmarcaban, a las instituciones que funcionaban alrededor de ella. Las primeras de las que se ocupa son aquellas de carácter civil, las encargadas del gobierno y, sobre todo, de la administración de justicia: la audiencia, con sus “litigantes, agentes de negocios, procuradores, escribanos y demás”; el ayuntamiento, lugar donde se hacían las almonedas públicas y donde se cobraba el quinto sobre la plata. En segundo término sus ojos se dirigen a las instituciones eclesiásticas: la catedral, “templo pequeño, humilde y pobremente adornado”, muy poco digno de una ciudad “cuya fama no sé si llega la de alguna otra”; este espacio contrasta con el palacio arzobispal, tan firme y sólido que “ni con minas le derribarían”; y por fin su atención recae en las escuelas (nombre dado a la universidad), lugar donde el mismo cronista trabajaba, y que tenían una gran cercanía, tanto física como espiritual, con la iglesia. Por último, Cervantes destaca el

³ Hernán Cortés, *Cartas de Relación*, edición de Manuel Alcalá, México, Editorial Porrúa, 1973. (Sepan Cuantos..., 7), p. 64.

papel del comercio y habla de las tiendas que daban hacia anchos y extensos portales, “lugares en que reina Mercurio”.⁴

Pero la plaza no sólo aparece en esas cinco páginas de elogiosos discursos del *Diálogo segundo*; ella está presente también en la pormenorizada descripción de las frutas y productos de la tierra, de las plantas medicinales y de los animales que se vendían en sus puestos y en las trajineras que transportaban por el lago las mercancías y las depositaban en la acequia que la flanqueaba por su lado sur. La plaza también está presente en las breves descripciones que el cronista da de algunas fiestas, como la del paseo del pendón. Se puede decir que en Cervantes no sólo aparecen todos los temas descriptivos que serán los más comunes en el futuro, sino también una plaza que en 1554, después de tres décadas de fundada la española ciudad de México, había ya consolidado mucho de la fisonomía que conservaría hasta el siglo XIX.

Entre 1550 y 1600, la capital se fue transformado en el centro de un próspero reino. La encomienda comenzó a declinar para dar paso a las haciendas, la minería empezó a producir sus enormes riquezas y el comercio se abrió al Oriente convirtiendo a la ciudad de México en el punto de confluencia de los caminos de todo el mundo. La sociedad también cambiaba aceleradamente y a los sectores dominantes de encomenderos, frailes e indios nobles se agregaban los burócratas, los mercaderes, los terratenientes, los clérigos seculares y nuevas órdenes religiosas como la de los jesuitas. La capital del virreinato se convertía en una Babel a la que llegaba gente de todas partes y mercancías de los cuatro puntos cardinales.

El centro de la esa ciudad era la plaza mayor, microcosmos que resumía los cambios que vivía la sociedad. Este espacio era el escenario donde ocurría todo lo importante, era un lugar único (a diferencia de lo que pasaba en Europa) en el que se concentraban los poderes civiles y religiosos y, por ello, el teatro donde el espectacular despliegue de lo público tenía su representación. La plaza era la quintaesencia de la ciudad.

De ella nos dan una vistosa descripción los versos exaltados de Bernardo de Balbuena, el futuro obispo de Puerto Rico; éste, al igual que otros poetas de su tiempo, plasmaron en su poesía una visión retórica e idealizada que constituirá una de las características descriptivas de esa centuria y de parte de la siguiente.⁵

LAS DESCRIPCIONES BARROCAS DE LA PLAZA.

Para mediados del siglo XVII la ciudad de México era la brillante capital de un reino famoso en todo el orbe por sus riquezas minerales. A ella llegaban tanto los productos procedentes de las ricas haciendas de los alrededores como aquellos que venían de China y de Europa; sobre sus palacios y conventos se derramaban tales riquezas y mercaderías, que la capital y su plaza ofrecían

⁴ Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554. Tres diálogos latinos*, edición de Margarita Peña, México, Editorial Trillas, 1986, pp. 68 y ss.

⁵ Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963.

a propios y extraños la imagen de una ciudad floreciente y próspera. Al final de esa centuria y en la siguiente, la plaza quedaría plasmada en pinturas de gran formato solicitadas por los virreyes para llevarlas como recuerdo y las plumas de cronistas y viajeros plasmaban la grandeza de sus fiestas, la riqueza de su mercado, pero también las catástrofes, rebeliones e inundaciones que la afectaron. La descripción barroca, con sus hipérbolos y sus contrastes entre el realismo y la metáfora, dejó una enorme cantidad de testimonios desde muy variadas perspectivas.

a) *La gente de la plaza bajo la mirada de los viajeros*

Una de las cosas que más nos llama la atención en muchos de los cuadros y biombos que representan las calles y las plazas de la ciudad de México desde el siglo XVII es que éstas están vacías. En tal convención pictórica lo que importa es representar los edificios, la *urbs*, y no a sus habitantes. Tales representaciones tienen su correspondencia en los textos de autores como fray Agustín de Vetancurt, para quienes la descripción de los edificios, sobre todo de los religiosos, ocupa un lugar primordial de su narración. En cambio, existen otros lienzos y biombos por la misma época que pintan la plaza mayor teniendo como principal centro de interés la *civitas*, es decir lo humano de la ciudad.⁶ Esto se debe, en parte, a que tales cuadros eran objetos de exportación y, por lo tanto, son los vestidos, las actividades y fisonomías humanas lo que los pintores piensan que puede interesar a los ojos extraños. Una posición similar fue la que tuvieron los viajeros en cuyas memorias quedó constancia de eso que, para alguien que vive en el lugar es lo cotidiano, pero que para un *fuereño* puede ser lo más atractivo: la gente.

Aunque en los relatos de viajeros conocidos las descripciones directas de la plaza mayor son muy escuetas, si hay en cambio en ellos innumerables alusiones a vestimentas, actitudes, formas de hablar, actividades laborales etc. Uno de los primeros testimonios de esto fue el que dejó el dominico inglés Thomas Gage, que estuvo en la capital en 1625. Con un ojo sumamente agudo y crítico, este fraile (convertido después al protestantismo), enfatiza escandalizado los lujos excesivos con los que se vestían los novohispanos ricos y los clérigos y el poco recato de las mulatas. En su relato de viaje, *El inglés americano*, aparecen hombres y mujeres vestidos de acuerdo a su condición étnica y social, damas transportadas en lujosos palanquines cargados por esclavos o en ricos carruajes, mestizas y mulatas que, por no estar sujetas a la moda española, lucen faldas de alegres colores y grandes velos, con las mantillas por arriba de la cintura para lucir las caderas, grandes escotes y cargadas de joyas.⁷

El viajero napolitano Giovanni Francesco Gemelli Careri, que llegó a la capital en 1697, nos dejó también interesantes anotaciones sobre la vestimenta de los indígenas, sobre la fuerte presencia de negros y mulatos, que vestían a la usanza de los españoles (que son ya tan abundantes

⁶ Richard L. Kagan, *Imágenes urbanas del mundo hispánico*, Madrid, Ediciones El Viso, 1998, pp. 90 y ss.

⁷ Thomas Gage, *El inglés americano, sus trabajos por mar y tierra. O Un nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, edición Eugenio Martín. México, Libros del Umbral-Fideicomiso Teixidor, 2001, pp. 158 y ss.

en la capital que se temen continuas revueltas), y sobre la belleza de las damas criollas. A través de su crónica podemos imaginar la plaza llena de caballeros montados en sus briosas cabalgaduras o en lujosos carruajes, de sacerdotes que van vestidos con capas negras y sombreros y a mulatos y mestizos cubiertos con trajes coloridos.⁸

Los últimos testimonios de viajeros a los que voy a referirme pertenecen al siglo XVIII y provienen de la pluma de dos religiosos capuchinos quienes, al igual que otros siete frailes de esa orden, pasaron por la ciudad de México entre 1760 y 1768 a recolectar limosnas para sus misiones en el Tibet. El primero, el lego italiano fray Ilarione de Bergamo, estuvo en Nueva España siete años y a su regreso escribió su *Viaggio al Messico*, en que hace interesantes comparaciones con Italia; además de su descripción de la plaza, este hermano nos dejó una muy insólita narración sobre la forma como algunos usaban los espacios públicos como letrinas, y con ello algo de lo que los viajeros dejaron pocas constancias: los olores.⁹ En 1763 llegaba a la capital el segundo fraile capuchino, el castellano fray Francisco de Ajofrín, cuya amena pluma y sensibilidad ilustrada nos dejó fascinantes observaciones sobre la dulzura de la lengua, sobre las andanzas de los pícaros del Baratillo o sobre la presencia del ganado: “al anochecer se vienen del campo muchas vacas y se esparcen por las calles y plazas a pacer lo que encuentran, y luego que amanece se van paciando al campo sin que nadie las gobierne”.¹⁰

En general, a los viajeros lo que más les llamó la atención de la plaza mayor fue el mercado, su abundancia de frutas y verduras todo el año, su colorido, sin parar mientes en la suciedad de las acequias, quizás porque la falta de higiene era algo común a todas las ciudades del mundo de entonces. A principios del siglo XIX, el barón de Humboldt hacía una enumeración pormenorizada de lo que se vendía en la plaza y hacía un cálculo interesante que nos da idea de la magnitud de su mercado: en un día común llegaba a haber 60,000 personas en ella comprando y vendiendo.¹¹

b) El mercado en la mirada de los cronistas

La actividad mercantil era lo que marcaba con mayor fuerza la fisonomía cotidiana de la plaza; no es casualidad que el término plaza se utilice desde entonces como sinónimo de mercado. Esa presencia avasalladora del mercado es la razón por la que no sólo los viajeros, sino también los cronistas y los poetas locales incluyeron siempre en sus descripciones de la plaza mayor una

⁸ Giovanni Francesco Gemelli, *Viaje a la Nueva España*, edición de Francisca Perujo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976, pp. 62 y ss.

⁹ Friar Ilarione da Bergamo, *Daily Life in Colonial Mexico. The Journey of...*, edited by Robert Ryal Miller and William J. Orr, Norman, University of Oklahoma press, 2000, p. 88.

¹⁰ Francisco de Ajofrín, *Diario del viaje que hizo a la América española*, 2 v., México, Instituto Cultural Hispano Mexicano, 1964, v. I, pp. 61, 77 y 89.

¹¹ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político de la Nueva España*, edición de Vito Alessio Robles, México, Editorial Pedro Robredo, 1941, Lib. III, cap VIII, v. II, pp. 181 y s.

extensa mención a los productos que en ella se comerciaban.

Uno de los testimonios más rico y variado a este respecto es el que nos dejó Juan de Viera, criollo poblano, alumno de los jesuitas, que escribió en 1777 una *Breve compendiosa narración de la ciudad de México*. En ella no sólo se nos dejó un curioso registro de todas las mercaderías que había en la plaza mayor, el nombre de las 98 frutas que en ella se vendían, y los medios de transporte por los que llegaban todas ellas, sino que además nos proporcionó interesantes cifras sobre el abasto.

En la crónica de Viera se pueden apreciar tres espacios diferenciados del mercado de la plaza mayor: uno dedicado a los bastimentos de primera necesidad que traficaban los indios, otro para los lujos de importación (los llamados cajones) concentrados en el Alcaicería o Parián y un tercero, el Baratillo, para los artículos no comestibles para los pobres. Al primer espacio, el del abasto indígena, lo llama Viera “una primavera” y se situaba bajo parasoles de petate y tendejones de carrizo techados de paja, distribuidos en los corredores de un perfecto trazado reticular en los que se vendían todo tipo de comestibles: frutas y verduras procedentes de las chinampas de Xochimilco, maíz de las haciendas de Toluca y Chalco, dulces fabricados con los azúcares de los fértiles valles de Cuernavaca y las Amilpas o pulque de los llanos de Apam.¹²

El segundo espacio del comercio en la plaza era la llamada Alcaicería o Parián, enorme construcción de madera que ocupaba la zona poniente de la plaza mayor; su nombre derivaba del mercado de Manila, pues muchos tratantes de artículos de Filipinas, conocidos como “el gremio de los chinos”, tenían ahí sus puestos, tiendas o “cajones”, con sus almacenes protegidos con rejas de hierro. Viera llama a este portal de mercaderes, “teatro de maravillas” pues en sus tiendas se vendían los más variados objetos del Oriente, libros, ropa fina, biombos, camas, espejos, joyas, abanicos, cristalería, cerámica y otros lujos.¹³

El tercer espacio en el que Viera se detiene es el del Baratillo. El cronista describe así lo que se puede comprar en ese espacio: “El medio de ella se compone de muchos comestibles de dulces” en cambio en las mesas se pueden encontrar todo tipo de herramientas, tornillos, hebillas, piedras de colores, vajillas de loza y objetos de marfil, y más atrás, en las barracas, toda clase de ropa vieja, sombreros, botas y espuelas.¹⁴ La aséptica descripción de Viera contrasta, sin embargo, con otras (como la ya mencionada de Ajofrín, y sobre todo con los informes de algunos virreyes como el obispo Juan de Ortega y Montañés o el duque de Linares), quienes consideran el Baratillo un lugar de transacción de objetos robados, un refugio de mal vivientes y una “universidad de la picardía”.

Otro cronista que escribe a mediados del siglo XVIII, José Antonio Villaseñor y Sánchez, en su *Suplemento al Teatro Americano* señala que en otras secciones de la plaza y en las acequias se vendían también bastimentos no comestibles procedentes de las cercanías: de Xaltocan y

¹² Juan de Viera, *Breve compendiosa narración de la ciudad de México*, en *La ciudad de México en el siglo XVIII. Tres crónicas*, edición de Antonio Rubial, México, CONACULTA, 1990, pp. 281 y ss.

¹³ *Ibidem*, pp. 196 y s.

¹⁴ *Ididem*, p. 213.

Zumapango se traía sal, cal, petates y jabón (fabricado con manteca de cerdo y sosa. De la Candelaria chica y los Reyes en la parcialidad de San Juan, vasijas de barro, caños, tinajas y ollas. De Santa María Tlaxcuaque y San Lucas, película de vísceras para hacer faroles, pergaminos y vitelas. De Tetepilco ladrillos, de Nonoalco esteras de tule, de San Francisco Tepito cordeles, de Xochimilco muebles y de Tacuba y de Tezcoco leña y forraje. Para las construcciones llegaban de Santa Marta el liviano tezontle, de los Remedios la cantera, de Tziluca una piedra blanda de ese nombre usada para cornisas y capiteles y de Calpulalpan jaspes blancos y alabastros.¹⁵

Pero el comercio de la plaza no era sólo el que estaba asentado dentro de su espacio; desde las trajineras que llegaban por la acequia real se vendían multitud de artículos, al igual que en los puentes que la atravesaban y en la cercana plaza del volador donde además de los puestos de comida y de los expendios de pulques y curados, había barracas cubiertas con paños de pita donde los barberos “chinos” cortaban el pelo y afeitaban por poquísimos estipendio. Había además vendedores que deambulaban ofreciendo a gritos sus mercancías (leña, tierra para las macetas, pan duro, petates, ropa y zapatos viejos), aguadores que con sus odres y sus jarros vendían agua, tamemes que alquilaban sus espaldas y sus brazos para cargar bultos y personas y un ejército de pordioseros, ciegos, cojos y tullidos, fingidos o reales.

El mercado era una actividad que se daba durante todo el año, pero había ocasiones especiales en las ventas de la plaza se animaban con motivo de alguna celebración. Fray Antonio de la Anunciación en su crónica inédita *El Carmelo regocijado*, describe la plaza en los días anteriores a la Pascua de Navidad como un festín de puestos de las más variadas viandas.¹⁶ Por su parte, Juan de Viera resalta sobre todo dos festejos anuales, el día de muertos y la Noche Buena, durante los cuales lo más notable no eran las celebraciones religiosas sino la venta generalizada de un tipo especial de mercancías: los dulces. La fiesta era un pretexto para elaborar con pasta de almendra o con caramelo todo género de figuras y confites.¹⁷

c) *La fiesta narrada*

Así, además de ser la sede del mercado, la plaza mayor fue también un espacio festivo en el que se daban cita todos los estratos sociales bajo los dictados de las autoridades políticas y religiosas. Para éstas, la fiesta tenía un objetivo primordial: mantener el orden y las jerarquías. La desigualdad y la inmovilidad sociales eran considerados no sólo elementos útiles, sino también cualidades impuestas por Dios tanto al hombre como al universo. Con la fiesta se aseguraba la permanencia de las masas urbanas dentro del orden jerárquico considerado como sagrado,

¹⁵ José Antonio Villaseñor, *Suplemento al teatro americano*, edición de Ramón María Serrera, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1980, pp. 113 y ss.

¹⁶ Antonio de la Anunciación, *El Carmelo regocijado* citado por Manuel Romero de Terreros, “La plaza mayor de México en el siglo XVIII”, en *Estudios sobre Arte*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, p. 280.

¹⁷ Viera, *op. cit.*, pp. 280 y s.

además del entretenimiento y la distracción, elementos claves para mantener el orden y la convivencia sociales.

La Iglesia y el Estado, interesados en la conservación del orden social, fueron los principales promotores de fiestas y celebraciones públicas; tales instituciones tenían la sede de su poder en los edificios situados alrededor de la plaza, razón por la cual el palacio virreinal, la catedral, la casa del ayuntamiento o el edificio de la universidad fueron los lugares donde las más importantes celebraciones iniciaban y terminaban. Según la autoridad que las organizaba podemos clasificar las fiestas en religiosas o civiles, a pesar de que tal división no era tan tajante en aquella época pues en ambas convivían íntimamente lo sagrado y lo profano; muestra de ello son las corridas de toros, actividad imprescindible en cualquier tipo de celebración. Esta actividad tenía casi siempre su escenario en un anexo de la plaza mayor, la llamada plaza del volador, donde se construía el coso efímero en el que se llevaban a cabo las corridas; en ellas la principal atracción era el rejoneo que practicaba un caballero noble (casi siempre el conde de Santiago), aunque al final la muerte del toro se convertía en una carnicería pues todo el mundo desde las gradas bajaba a dar estocadas, por lo que eran comunes los heridos e incluso los muertos. No es raro ver en los diarios de la época noticias como ésta: “Los toros fueron razonables, mataron a cinco e hirieron a muchos”.¹⁸

Además de los toros, otra de las actividades comunes a toda fiesta, sobre todo aquellas de carácter religioso, era la procesión, cuya escenificación tenía a menudo en la plaza mayor su principio y su culminación. Durante estos desfiles alegóricos se cargaban sobre andas las estatuas de los santos engalanadas con joyas y ricas telas, seguidas por las diferentes corporaciones encabezadas por sus estandartes, cirios y cruces procesionales. En muchas de ellas no podía faltar la tarasca, símbolo de la herejía y la idolatría vencidas por la gracia, representada por un enorme dragón sobre ruedas, hecho de madera, lienzo y pintura, con ojos espantosos, fauces batientes que lanzaban fuego y humo y un cuerpo lleno de escamas sobre el cual iban montados varios personajes, bailando y brincando. Tampoco podían faltar ni los carros triunfales, ni los juegos pirotécnicos, ni los gigantes y cabezudos (a menudo representando parejas de reyes con el tema de las cuatro partes del mundo), ni los mitotes o danzas indígenas que acompañaban toda celebración civil o religiosa. En algunas eran parte importante también las mascaradas, las representaciones teatrales, los altares efímeros y los certámenes poéticos.¹⁹

La fiesta fue objeto de interés para muchos autores que dieron noticia de su complejo desarrollo, a veces de manera escueta, otras en pormenorizadas narraciones. En general, las celebraciones que se realizaban año con año (como la fiesta del Corpus Christi o el Paseo del Pendón) no recibieron especial atención por parte de los letrados, siendo de nuevo la razón para esta falta de interés que eran actos de los que todo el mundo conocía su desarrollo. Otra cosa sucedía con las que tenían carácter de excepción, pues servían para conmemorar un hecho

¹⁸ Benjamín Flores, *La ciudad y la fiesta. Tres siglos y medio de tauromaquia en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986, (Colección regiones de México), p. 5 y ss.

¹⁹ Dolores Bravo, “La fiesta pública: su tiempo y su espacio”, en Pilar Gonzalbo Aispuru coordinadora, *La vida cotidiana en México*, 5 v., México, El Colegio de México, 2005, v. II. pp. 435-460-

específico; en ellas la narración servía para dejar constancia y enaltecer la prodigalidad del mecenas a cuya costa se realizaba el acto; con estos textos conmemorativos se pretendía mostrar a la corona los méritos individuales o corporativos, base para solicitar favores y prebendas.

En el ámbito de la fiesta civil, tenemos una nutrida relación de descripciones sobre entradas de virreyes y arzobispos (sobre todo de los arcos triunfales que colocaban en la plaza el ayuntamiento y la catedral para recibirlos) y de celebraciones alrededor de las exequias, matrimonios y nacimientos de la familia real; mientras en el ámbito religioso están las narraciones que describen la canonización de un santo o el traslado de una imagen milagrosa desde su santuario a la catedral, o la recepción de reliquias.

El interés central del primer tipo de celebraciones, las que podemos llamar civiles, consistía en mostrar la lealtad del reino a las casas reinantes de Austrias o Borbones, para lo cual se utilizaban arcos, túmulos, mascaradas y carros alegóricos repletos de imágenes y emblemas con símbolos solares, escenas mitológicas y elementos de la tradición indígena. Sin embargo, más que los complejos mensajes simbólicos (inaccesibles a la mayoría), lo más importante de estos despliegues festivos era la espectacularidad, con la que se pretendía hacer presentes a los habitantes de Nueva España a sus distantes reyes.²⁰ Un ejemplo de narración de este tipo lo tenemos en el texto que Alonso Ramírez de Vargas escribió para celebrar la subida al trono de Carlos II. En él se describe una celebración a la “romana”, con un espectáculo del circo máximo (los toros), con carros triunfales cargados de musas y dioses que en la noche se volvieron fuegos pirotécnicos y con procesiones de centuriones.²¹

Muy comunes eran también los textos que dejaban constancia de celebraciones religiosas. Entre ellas, las más espectaculares eran los traslados de imágenes, distinguiéndose en la capital sobre todo el que se hacía de la Virgen de los Remedios desde su santuario en el cerro Totoltepec hasta la catedral para pedir lluvias. Como nos lo describe el cronista fray Luis de Cisneros en 1621, la imagen cubierta de oro y piedras preciosas y acompañada de todas las cofradías y autoridades, llegaba a la plaza mayor rodeada del repique de campanas, del sonido de las trompetas y los tambores, y de las luminarias y cohetes que salían de todas las azoteas.²² Se alojaba entonces por un tiempo en catedral mientras se afianzaban las lluvias y era regresada con iguales muestras a su santuario unas semanas después.

Pocos años después de esta descripción, Miguel de Bárcena imprimía un texto que narraba el traslado que mandó hacer el arzobispo don Juan de Mañozca de una cruz labrada de piedra del pueblo de Tepeapulco al atrio de la catedral metropolitana. Cuenta el cronista que por

²⁰ Víctor Mínguez, *Los reyes distantes*, Castellón de la Plana, Universidad Jaume I, 1995, p. 28.

²¹ Alonso Ramírez de Vargas, *Sencilla narración, alegórico fiel trasumpto... en la celebrada feliz de haber entrado el rey Nuestro Señor Carlos II en el gobierno*, México, Viuda de Bernardo Calderón, 1677. El texto está publicado por Dalmacio Rodríguez Hernández, *Texto y fiesta en la literatura novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

²² Luis de Cisneros, *Historia de el principio, y origen progressos venidas a México, y milagros de la Santa Ymagen de nuestra Señora de los Remedios, extramuros de México*, edición facsimilar de Francisco Miranda, México, El Colegio de Michoacán, 1999, fs. 109-110.

las principales calles aledañas a la catedral marchó una solemne procesión para pedir que amainará una epidemia que había hecho estragos en las islas de Barlovento y en Merida; durante nueve días salieron solemnes y contritas procesiones, con “más de dos mil hombres de sangre, que armando contra sí la disciplina iban obligando a Dios a que dejase el azote”, mientras “otros con cadenas en los pies y esposas en los pulsos llevaban en las manos una desnuda calavera, leyendo en su difunta figura una provechosa lección de desengaños”.²³

Como último ejemplo mencionaré los festejos que se hicieron en el año 1700 por la canonización de san Juan de Dios. El diarista Antonio de Robles menciona que durante siete días la plaza mayor se engalanó con altares efímeros dedicados al santo, cubiertos de flores, cirios, pinturas y cazolejas que exalaban exquisitos perfumes, además de las consabidas danzas indígenas y vistosas procesiones.²⁴

Es necesario agregar, sin embargo, que frente a este espacio codificado y perfectamente organizado de la fiesta oficial, estaba la celebración popular que convertían el suceso en pretexto para la bulla, la lujuria, la glotonería y la borrachera, es decir, para proclamar el reino de lo corporal. La fiesta era para la mayoría una manera de olvidar las tensiones y miserias de la vida diaria, una forma de romper la monotonía de lo cotidiano. Estas manifestaciones también tuvieron en la plaza mayor su escenario privilegiado.

d) La irrupción de lo inesperado

Aunque existían fiestas de excepción, éstas y sus códigos, así como el aparato visual que en ellas aparecía y lo que en ellas acontecía estaba dentro del orden. Pero ¿qué sucedía cuando en el ámbito urbano irrumpía un hecho inesperado, es decir cuando los mecanismos de control social eran insuficientes y la inconformidad tomaba los cauces de una rebelión armada? La ruptura de la cotidianidad y los trastornos que ella traía consigo podían cambiar profundamente las relaciones entre las personas y de éstas con la autoridad. Este suceso tuvo también en la plaza mayor su principal escenario y fue objeto de profusas descripciones que intentaron esclarecer sus causas.

Dos fueron los levantamientos populares más violentos que presenció la plaza mayor durante el periodo virreinal, ambos durante el siglo XVII, uno en 1624 y el otro en 1692. Durante ellos los edificios del gobierno civil sufrieron incendios y la plebe se enardeció por la escasez de granos y los malos manejos de las autoridades. Pero mientras en el primero, el de 1624, las autoridades religiosas pudieron controlar la violencia sacando una custodia de la catedral con la hostia y el tumulto no arrojó ni dos decenas de muertos; en 1692, los amotinados se negaron a obedecer a las autoridades religiosas e incluso lanzaron una lluvia de piedras contra frailes y clérigos que intentaron aplacarlos; además que la destrucción y la muerte, en el segundo motín,

²³ Miguel de Bárcena Valmaceda, *Relación de la pompa festiva y solemne colocación de una Santa y hermosa cruz de piedra*, México, Hipólito de Ribera, 1648, fs. 27r y ss., citado por Bravo, art. cit., 448.

²⁴ Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables*, 3 v., México, Editorial Porrúa, 1972. v. III, p. 119.

fueron inconmensurablemente mayores (el palacio virreinal quedó casi destruido por el fuego) y la represión por parte de las autoridades civiles mucho más brutal.

De esta segunda rebelión nos quedan dos relaciones que dan sus respectivas visiones de los hechos. Carlos de Sigüenza y Góngora, que escribe por encargo del virrey marqués de Gelves, señala que las causas que desataron la violencia fueron la pérdida de las cosechas por las lluvias excesivas, la embriaguez con pulque que enaltecía los ánimos y la convivencia de los “viciosos” mestizos y mulatos con indios y españoles. En su texto *Alboroto y motín* Sigüenza cuenta cómo el día anterior a las fiestas de la infraoctava de Corpus, el 8 de junio de 1692, los guardias habían acallado con latigazos y porrazos la protesta de la multitud hambrienta ante la alhóndiga por la falta de maíz; al día siguiente en la plaza había más gente que de costumbre a causa de la fiesta, gente que comenzó a amotinarse por una nueva negativa en la venta del maíz y unos ánimos ofuscados por el pulque. De todos los ámbitos de la ciudad llegaron cientos de inconformes a la plaza y apedrearon a los alguaciles y guardias del virrey y a unos clérigos que por orden del arzobispo intentaron aplacar los ánimos; finalmente los amotinados prendieron fuego al palacio virreinal, a las casas del ayuntamiento, a las del marqués y al Parián. Al incendio siguió el saqueo de las tiendas y los gritos e insultos de indios, mestizos y mulatos contra los españoles y las autoridades. Aristócratas y mercaderes se fueron al convento de San Francisco, donde se había resguardado el virrey, y desde ahí organizaron una milicia armada que, dirigida por el conde de Santiago irrumpió después en la plaza matando a decenas de amotinados. Unas cuantas horas de tumulto habían ocasionado pérdidas por más de cuatro millones de pesos, el incendio de importantes edificios y numerosos muertos y heridos.²⁵

Por su parte Antonio de Robles, en su *Diario* nos da otra versión de los hechos, menos oficialista que la de Sigüenza. Primero se nos muestra un creciente descontento con la política del virrey conde de Galve, acusado de usurpar la jurisdicción de los tribunales de justicia y de defender los intereses económicos de sus allegados; este descontento era aún mayor entre la gente del Baratillo a causa de la prohibición de vender sus mercancías. Robles describe una gran tensión colectiva durante los meses anteriores a la rebelión propiciada por un eclipse que traía funestos presagios y por una predicación imprudente del franciscano fray Antonio de Escaray el Domingo de Pascua, quien acusó a las autoridades por el alza de los precios de artículos básicos. En el *Diario* se insiste, por tanto, que el detonante de la rebelión fue más bien la avidez de los comerciantes coludidos con las autoridades, que ocultaban el maíz, el trigo y otros abastos para subir los precios.

Por último en el *Diario* de Robles también se pueden observar las reacciones de las autoridades ante tan inesperado suceso: primero, el inusitado aumento del número de milicianos mulatos para la defensa y la promoción de desfiles en la plaza de esas compañías armadas; después, la emisión de un bando para que no anduviesen juntas más de cinco personas en la calle y

²⁵ Carlos de Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín de los indios de México*, apéndice B, Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, un sabio mexicano del siglo XVII*, traducción Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

la aplicación de castigos ejemplares a los amotinados, quienes fueron azotados y mutilados, además de ocho ajusticiados (acusados de haber prendido fuego al palacio y a la horca) cuyas cabezas fueron colocadas en picas en el centro de la plaza.²⁶ Los amotinados, que habían roto el orden público, recibían su castigo en la plaza, ese espacio que representaba el centro de todo orden. Al igual que ellos, y desde el siglo XVI hasta el XIX, todos los delincuentes recibieron en la plaza mayor el castigo por los delitos cometidos, siendo la horca, colocada al lado de la fuente, uno de los elementos más representativos de este espacio. La ejemplaridad que se buscaba en la ejecución de los azotes, mutilaciones y pena de muerte llevó a las autoridades a convertir ese despliegue de violencia institucional en un espectáculo y aquí también los diaristas nos han dejado interesantes relatos de tales actos públicos.

El tumulto callejero de 1692 mostró lo que se podía esperar de un pueblo hambriento y disgustado, pero su estallido no tuvo consecuencias mayores a corto plazo; después de la violencia desatada durante esa noche, la ciudad regresó a su rutina. En la misma mañana del día 9 de junio, a unas horas del motín, en el palacio destruido podía leerse un pasquín que decía: “Este corral se alquila para gallos de la tierra y gallinas de Castilla”.²⁷

e) *La narración de catástrofes*

Junto con las rebeliones, hubo otros acontecimientos de excepción que transformaron la monotonía de la vida cotidiana de la plaza mayor, acentuando los rasgos sombríos de una sociedad asolada por la miseria.

Sin duda el problema mayor de esta ciudad, situada en medio de una cuenca lacustre, eran las continuas inundaciones, hechos que provocaban un estado continuo de angustia en los habitantes. Durante la primera mitad del siglo XVI, los españoles (que provenían en su mayoría de las tierras secas de Castilla, Extremadura y Andalucía) temían continuamente morir ahogados e incluso pensaban que los indios manipularían las represas e inundarían la ciudad para librarse de ellos. Sin embargo, no fueron los indios los causantes de las grandes inundaciones que asolaron la ciudad desde 1555 sino los mismos españoles. La devastación de los bosques para construir la ciudad y los rebaños de ovejas que pastaban en los montes causaron tal erosión en las laderas occidentales del lago, que muy pronto éste subió sus niveles con el lodo arrastrado por las lluvias.

Varias inundaciones amenazaron con destruir la ciudad en numerosas ocasiones, pero la más grave de ellas fue la de 1629 que sepultó la capital bajo toneladas de agua y lodo por más de cinco años. Durante esta catástrofe, conocida como la gran inundación, los muertos y heridos se contaban por millares y hasta se pensó en cambiar la capital de lugar; sin embargo, los intereses económicos de los conventos y de los ricos pesaron más que la lógica y se optó por una solución radical: desecar parte de la cuenca lacustre. Mientras tanto, por causa de la inundación los

²⁶ Robles, *op. cit.*, v. II, pp. 258 y ss.

²⁷ Robles, *op. cit.*, v. II, p. 257.

alimentos comenzaron a escasear, la harina se estropeaba con la humedad y los intentos del Ayuntamiento por conseguir préstamos para poder hacer frente a la desgracia fueron poco fructíferos. Poco a poco la circulación de canoas para el abasto y el transporte se convirtió en una característica de la ciudad cuyas calles estaban ahora bajo el agua; ellas eran usadas, como lo señala el cronista dominico fray Alonso Franco, tanto como trasladar mercancías como personas, para paseo de los vivos como para llevar los cuerpos de los difuntos a enterrar a las iglesias. “Para resguardo de los cimientos de los edificios se hicieron unas calzadillas... y para que pudiesen pasar las encrucijadas y bocas de las calles se hicieron muchos puentes de madera”.²⁸ En toda la ciudad no había más que un lugar seco, un pequeño espacio alrededor de la plaza mayor y de la catedral, lugar al que se llegaba sólo por medio de barcazas y de algunos puentes y que muy pronto se le llamó la isla de los perros por la gran cantidad de esos animales que se refugiaron ahí.

Con las inundaciones vinieron también el hambre y, sobre todo, las epidemias, que se expandieron además con mayor rapidez por el deterioro sufrido por la red de dotación de agua potable. A lo largo de toda la historia virreinal se sucedieron estas grandes catástrofes, acentuadas sobre todo por las crisis agrícolas; la plaza fue también un escenario central de tales desgracias. Desde 1707, año de una gran inundación en la ciudad, hasta 1813, se dieron como consecuencia del hambre producida por la sequía o el exceso de agua, y en forma alternada, viruela, matlazáhuatl, tabardillo, fiebres, sarampión y tos ferina. La más devastadora de todas fue una epidemia de fiebre tifoidea que se dio entre 1737 y 1739, en la cual murieron cerca de 60,000 personas en la ciudad, poco más de una tercera parte de su población.²⁹ Para los habitantes de la ciudad, las epidemias siguieron siendo consideradas como castigos divinos que se materializaban a través de la influencia perniciosa de los astros, y las rogativas destinadas a las imágenes milagrosas continuaron practicándose como única solución para contenerlas. El sacerdote Cayetano Cabrera Quintero nos dejó en su libro *Escudo de armas de la ciudad de México* (1746) no sólo una descripción de esa terrible epidemia sino también la solución que se le encontró: encomendar la salud de la ciudad y del reino a la Virgen de Guadalupe, quien fue jurada patrona de la capital en 1737. Varios años después, en 1756, el papa Benedicto XIV sancionaba la elección de esa advocación, pero ahora como patrona de toda la América septentrional.³⁰ Los festejos que se hicieron en la plaza mayor para celebrar tal acontecimiento fueron muestra de que la única esperanza que tenía esta sociedad abatida por la desgracia era recibir del cielo la solución de sus problemas.

²⁸ Fray Alonso Franco, *Segunda parte de la Historia de la provincia de Santiago de México*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1900, p. 454.

²⁹ Francisco Sosa, *El episcopado mexicano*, 2 v., México, Editorial Jus, 1962, v. II, pp. 79.

³⁰ David A. Brading, *La Virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*, trad. Aura Levy y Aurelio Major, México, Taurus, 2002, pp. 195 y ss.

LA VISIÓN CRÍTICA ILUSTRADA

Una parte de los escritores novohispanos del siglo XVIII describieron la plaza mayor con sus edificios y sus transeúntes con elocuentes discursos y exaltados epítetos, y a veces, incluso, con un fuerte dejo de orgullo. Otros, en cambio, cargaron su descripción con los tintes de la crítica, dejando de manifiesto lo que debía ser una plaza moderna de un país próspero. Mientras que en los primeros el interés se centraba en dar una imagen positiva de su ciudad como paradigma de perfección, los segundos, con un espíritu más pragmático, querían acabar con lo que consideraban una lacra: el vicio, la incivilidad, la delincuencia, la insalubridad, la contaminación (incluso aquella auditiva ocasionada por el agobiante tocar de las campanas). Mientras que los primeros están enmarcados en una visión barroca que podríamos calificar como “retórica” (pues usa recursos como la amplificación, la visión idealizada etc.), los últimos participaban de las actitudes científicas propias de la racionalidad ilustrada.

A grandes rasgos podríamos decir que, en las primeras décadas del siglo, lo que predominó fue ese tono que llamaremos “retórico”, aunque en la correspondencia privada y en los informes de virreyes aparezcan ya las visiones críticas incluso desde la centuria anterior. En cambio, conforme se aproxima el final del siglo, los escritos críticos de carácter público se van haciendo más constantes. Uno de ellos, quizás el mejor conocido por la gran difusión que se hizo de él en el siglo XIX fue *Las enfermedades políticas* escritas en 1785 por el abogado peninsular Hipólito Villarroel quien, con su quisquillosa pluma, culpa de todos los desordenes que padece la ciudad a la plebe incivilizada, desidiosa y llena de vicios. En su pintura del Baratillo, por ejemplo, lo que resalta es el latrocinio, la ilegalidad y la falta de todo respeto por la autoridad. En la perspectiva de Villarroel, América era un continente donde reinaba la corrupción y la única utilidad que tenía era la de ser una fuente de riqueza para la corona española. Sus soluciones para mejorar la situación de la plaza mayor y de toda la ciudad eran brutales, como sacar familias enteras para limpiar la urbe de vagabundos o enviar a los muchachos desocupados a servir a las galeras, trabajos forzados con los que se castigaba sólo a los delincuentes y que traían consigo una muerte prematura.³¹

Tres años después, en 1788, otro funcionario de la corona, (un autor anónimo al que se ha identificado con Baltasar Ladrón de Guevara) escribía, en un tono menos visceral y mucho más práctico y tolerante, sobre los problemas urbanos en un tratado llamado *Discurso sobre la policía de México, 1788*, obra que no se dio a la prensa sino hasta el siglo XX. El autor al que se ha atribuido este texto era oidor, asesor general y regente y, por tanto, conocedor en la práctica de lo que se podía hacer y de lo que no. Uno de los aspectos más interesantes de esta obra fue su cálculo de lo que producía el arrendamiento de los puestos y cajones de la plaza mayor pues esa podía ser una importante fuente de ingresos para el fisco.³²

³¹ Hipólito Villarroel, *Enfermedades políticas que padece la capital de esta Nueva España...*, edición de Beatriz Ruiz Gaytán, México, CONACULTA, 1994. (Colección Cien de México), pp. 192 y ss.

³² Baltasar Ladrón de Guevara, *Reflexiones y apuntes sobre la ciudad de México. Fines de la Colonia*, edición de Ignacio González Polo, México, Departamento del Distrito Federal, 1983. (Colección Distrito Federal, 1), pp.

El tercer autor que presenta una visión crítica de la plaza es el librero Francisco de Sedano, quien ha dejado en sus *Noticias de México* (escrito en la década de 1790 pero impreso hasta 1880) una muy vívida descripción donde se resalta la suciedad en la que se vivía en el mercado. En ella podemos oler los miasmas y excrementos, ver a las marchantas lavando sus ollas y comales, y aún los pañales de sus niños, en la pila del agua potable y oír la caída de algún parroquiano resbalado en la lama jabonosa dejada por quienes lavaban su ropa en la misma fuente.³³ La obra de Sedano está enmarcada en las nuevas concepciones que la ilustración tenía sobre la enfermedad, la pestilencia y la suciedad. Durante el siglo XVIII, las nuevas teorías sobre la circulación de la sangre modificaron la forma de ver el mundo urbano, y la circulación del aire y del agua fue considerada una necesidad ineludible para evitar las epidemias. Con estas ideas comenzaron a hacerse intentos por eliminar la basura y los focos de infección y putrefacción. Para ello fueron cubiertas algunas de las acequias, se intentó alejar las tocinerías y rastros del centro urbano hacia la periferia, poner en práctica un sistema de tiraderos y drenajes y de acarreo de basuras y excrementos fuera de las ciudades, así como crear cementerios municipales fuera de los templos, donde tradicionalmente se enterraba a la gente.³⁴ En la ciudad de México, fue en la época del conde de Fuenclara, a mediados del siglo XVIII, que se pudieron iniciar algunas de esas reformas, que se concluyeron en tiempos del segundo conde de Revillagigedo, quien, entre otras cosas introdujo el alumbrado público para disminuir la inseguridad que se iba incrementando año con año.

En teoría, algunas de esas funciones edilicias correspondían al ayuntamiento y estaban relacionadas con las obras públicas, el abasto de agua y el saneamiento municipal. Este último, encargado a una junta de policía, tenía como objetivo desazolvar las acequias y empedrar la plaza y las principales calles. Lo primero se hacía con cuadrillas de trabajadores encadenados, obligados a trabajos forzados por sus delitos, pero lo segundo, que implicaba un gasto mucho mayor, presentó siempre un serio problema, al cual el ayuntamiento nunca puso solución.

Para las fiestas de proclamación del nuevo rey Carlos IV, el virrey segundo conde de Revillagigedo, mandó desembarazar y escombrar la plaza y, poco después ordenó al ayuntamiento que no se volviera establecer en ella el mercado (que se pasaría a la plaza del volador) y se quitaría la fuente pues, una vez concluidos los festejos se empedraría la plaza y quedaría como un espacio limpio. Al ayuntamiento la noticia no le gustó nada ya que se quedaría sin el cobro del derecho que le pagaban los puestos, impuesto que ascendía a 12,000 pesos anuales. Por otro lado el pasar los puestos al volador no le redituaba, pues esa plaza era de los herederos de Hernán Cortés, a quienes tendría que pagárseles la renta, además que, por razones de espacio, muchos vendedores quedarían fuera.

El empedrado de la plaza no era algo nuevo, ya lo había realizado el primer conde de Revillagigedo, su padre, lo notable de la nueva obra era, por un lado, la renivelación que se haría de la plaza, poniéndola al nivel de las calles para facilitar el desagüe, la construcción de banquetas

³³ Francisco de Sedano, *Noticias de México*, 2 v., México, Imprenta J. R. Barberillo, 1880, v. II, p. 88.

³⁴ Marcela Dávalos, *De Basuras, inmundicias y movimiento, o de como se limpiaba la ciudad de México a finales del siglo XVIII*, México, Cien Fuegos, 1989, pp. 31 y ss.

y atarjeas a la última moda y de cuatro fuentes de agua en sus ángulos; pero sobre todo, el nuevo empedrado significaba la transformación del uso de este espacio público; así, mientras la obra del primer conde de Revillagigedo iba dirigida a mejorar las condiciones de vida de quienes utilizaban la plaza, el empedrado del segundo conde lo que buscaba era vaciar de gente la ciudad y convertirla en un espacio bello y armónico con el rey, el dueño verdadero del espacio público, al centro. Esto nos explica el hecho de que una obra que costó cuatro años de trabajos y 100,000 pesos y que aparentemente era para el beneficio común, haya recibida las acervas críticas del ayuntamiento urbano. “Una plaza cuyo principal atractivo había sido, desde siempre, el de servir de escaparate a la diversidad del mundo colonial” con su mercado, sus fiestas, su espacio de representación se volvía, en palabras del ayuntamiento, “una plaza inútil y despoblada”.³⁵

Con el segundo conde de Revillagigedo se terminaba no sólo la vieja concepción de la plaza, sino también la visión que se tenía de su función. Mientras para los cronistas de la ciudad antigua lo más interesante de la plaza era su gente, su posibilidad de ser un espacio diverso y múltiple, lo que le interesó a los ilustrados posteriores y al siglo XIX fue marcar un espacio vacío, una plaza con una estatua en el centro, sin gente. Esto se ve en la descripción de la plaza que nos dejó el barón de Humboldt: “Todo viajero admira con razón, en medio de la plaza mayor... un basto recinto enlosado en baldosas de pórfido, cerrado con rejas ricamente guarnecidas de bronce, dentro de las cuales campea la estatua ecuestre de Carlos IV, colocada en un pedestal de mármol mexicano”.³⁶

Junto con ese interés por el espacio edilicio, la ilustración trajo también la inquietud de buscar el pasado indígena. El hecho tuvo un insólito desarrollo gracias a un descubrimiento inesperado que se dio gracias a esa misma remodelación de la plaza en 1790; al rebajar el nivel se encontraron dos enormes monolitos de la antigua México: uno, la piedra del sol o calendario azteca, fue colocado en el costado poniente de la catedral; al otro, la Coatlicue, se le depositó en el claustro de la universidad.³⁷ Lo que más sorprendió a los ilustrados criollos de entonces fue que los indios comenzaron a rendir culto a esta segunda pieza; a los pies de la antigua diosa aparecieron veladoras encendidas y ofrendas, por lo que se decidió volver a enterrarla. Ciertamente la actitud de la cultura occidental ante los ídolos había cambiado mucho a lo largo de tres siglos. En contraste con la posición de los frailes que los consideraban manifestaciones demoníacas, el Siglo de las Luces ya los veía como monumentos de la Antigüedad mexicana, como manifestaciones de una cultura que merecía ser conocida pues era parte del pasado de este país. Una larga distancia se había recorrido desde la destrucción de ídolos practicada por Cortés en esa misma plaza y esta actitud de conservación y de orgullo.

La escritura había dejado constancia de una plaza llena de vida y de actividades. Sus testimonios habían procedido de los más variados géneros (lecciones de gramática, poemas,

³⁵ Esteban Sánchez de Tagle, *Los dueños de la calle, una historia de la vía pública en la época colonial*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Departamento del D. F., 1997, pp. 184 y ss.

³⁶ Humboldt, *op.cit.*, Lib. III, cap VIII, v. II, pp. 181 y s.

³⁷ Antonio de León y Gama, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*, México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1832.

crónicas religiosas, consejos de buen gobierno, relatos de viaje, diarios de sucesos notables etc.); cada época, por su parte, privilegió en sus descripciones de la plaza aspectos distintos que iban desde el discurso retórico con rasgos exaltados de orgullo local, hasta expresiones de lo más pragmáticas y críticas que buscaban cambiar el aspecto desordenado del espacio y la falta de civilidad de los ciudadanos. Con todo, ni las políticas que pretendieron dar oído a tales quejas, ni las reformas que se llevaron a cabo, pudieron cambiar lo que la plaza era: un espacio que reflejaba la complejidad social y cultural de un país mestizo.

